

Abya Yala Wawgeykuna

Artes, saberes y vivencias
de indígenas americanos



Beatríz Carrera Maldonado y Zara Ruiz Romero

EDITORAS



Acer-VOS

Abya Yala Wawgeykuna

Artes, saberes y vivencias
de indígenas americanos

Beatriz Carrera Maldonado
Zara Ruiz Romero
EDITORAS



Abya Yala Wawgeykuna

Artes, saberes y vivencias
de indígenas americanos

© 2016

Acer-VOS. Patrimonio Cultural Iberoamericano

1^{er} volumen

Editoras

Beatriz Carrera Maldonado
Zara Ruiz Romero

Director

Fernando Quiles García

Coordinador

Juan Ramón Rodríguez-Mateo

Corrección de estilo

Secretaría de Cultura-DGCP

Diseño gráfico

Marcelo Martín

Maquetación

José David Ruiz Barba

Diseño de portada

Israel David Piña García

Foto de portada

Beatriz Carrera Maldonado.
Imagen de sombrero de Marakame (Chamán). Tejido de palma
y decoración tradicional huichol.
ca. 1930.
Colección Museo Zacatecano, I.Z.C.

Fotografías y dibujos

De los autores, excepto que se especifique el autor de la imagen

© de los textos e imágenes
Los autores

ISBN

978-84-617-6217-0

E.R.A. Arte, Creación y Patrimonio Iberoamericanos en Redes. 2016, España.

978-607-9092-56-6

Instituto Zacatecano de Cultura "Ramón López Velarde". 2017, México.

Abya Yala Wawgeykuna
Artes, saberes y vivencias de indígenas americanos

Poema 10
Abya Yala Wawgeykuna / Hermanos Americanos.

Prólogo 12
Beatriz Carrera Maldonado y Zara Ruiz Romero, editoras.

Literatura

Del *iixpantilia* preludio del testimonio 18
Rafael Lara-Martínez,
Tecnológico de Nuevo México.

La simbolización del sacrificio en los antiguos cantares del Dzitbalché 30
Carlos Urani Montiel Contreras,
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Arte y artesanía

Actualidad de las artesanías indígenas en Iberoamérica 46
Fernando Quiles García,
Universidad Pablo de Olavide.
Karen N. Juárez Peña,
Centro de Cultura Casa Lamm.

**Un acercamiento a las piezas y colecciones
de arte indígena americano en museos españoles** 68
Zara Ruiz Romero,
Universidad Pablo de Olavide.

Ecos chamánicos en la escultura contemporánea 86
Pablo Navarro Morcillo,
Universidad Pablo de Olavide.

**El sueño del artesano: Breves notas sobre la obra
temprana de Jaime Suárez (1969-1975)** 102
Daniel Expósito Sánchez,
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Cosmovisión

- Cosmovisión e identidades indígenas en el suroeste de la Amazonía en la primera mitad del siglo XVIII** 120
Louise Cardoso de Mello,
Universidad Pablo de Olavide.
- Los que van al cerro: imágenes de la cosmovisión mixe en Oaxaca, México** 134
María del Carmen Castillo Cisneros,
Instituto Nacional de Antropología e Historia, Delegación Oaxaca.

Festividades tradicionales

- Todos Santos o Fieles Difuntos: la celebración del Día de Muertos, expresión de la diversidad cultural en México** 152
Felicitas Estela Vega Deloya,
Dirección General de Culturas Populares de la Secretaría de Cultura
y Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).
- Un análisis de *La Judea* de Jiménez del Téul en Zacatecas, México. Ceremonia de Semana Santa** 172
María Cristina Morales Viramontes,
Instituto Nacional de Antropología e Historia, Delegación Zacatecas.
- Las danzas y fiestas prehispánicas** 184
Tlahuizcalpantecutli González Estrada,
Gestor Cultural.

Usanzas y territorios

- Distribución y ocupación del espacio. Las estructuras de los asentamientos en el área cultural tairona y su relación con el medio natural** 198
Nayibe Gutiérrez Montoya,
Universidad Pablo de Olavide.
- Los que vienen y van: migración e hibridación del Patrimonio Cultural Inmaterial** 220
Beatriz Carrera Maldonado,
Instituto Zacatecano de Cultura "Ramón López Velarde".

La tradición oral en la construcción del pasado prehispánico en la zona arqueológica de La Quemada, Zacatecas, México 240
Carlos Alberto Torreblanca Padilla,
Instituto Nacional de Antropología e Historia, Delegación Zacatecas.

El territorio simbólico de la migración: las tradiciones purépechas en Woodburn, Oregón 254
Miriam Reyes Tovar,
Universidad de Guanajuato, Campus Celaya-Salvatierra.

Epicentro indígena del gran tunal, fusión y huellas de cultura popular en Pinos, Zacatecas 268
Gabriel Edmundo Torres Muñoz,
Gestor Cultural.

Gestión del Patrimonio Cultural Inmaterial

El árbol totonaca de la buena fruta 284
Salomón Bazbaz Lapidus,
Fundador del Centro de las Artes Indígenas
y Director General del Festival Cumbre Tajín.

Archivo de la Palabra: una propuesta de salvaguardia para el Patrimonio Cultural Inmaterial 300
Hilario Topete Lara,
Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).
Montserrat Patricia Rebollo Cruz,
Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

Sobre metodologías participativas en registro fotográfico del Patrimonio Cultural Inmaterial, aproximaciones iniciales 316
Gabriela Inés Valenzuela Bejarano,
Centro Regional para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial
de América Latina-Crespial.

Epicentro indígena del gran tunal, fusión y huellas de cultura popular en Pinos, Zacatecas

Gabriel Edmundo Torres Muñoz

Gestor Cultural

gabrieledmundo66@hotmail.com

Resumen

La Alcaldía Mayor de Sierra de Pinos, una línea histórica que envuelve su vasto patrimonio, las memorias vivas de lo popular por medio de las tradiciones en una amalgama festiva de los sonidos, los colores, los sabores y los olores. La investigación permanente desde la tradición oral, documental revive en el pueblo de Pinos, Zacatecas, como epicentro indígena del gran tunal, fusión y huellas de una cultura popular que provee el medio con los elementos que se le agregaron al contacto en una decidida evidencia y la importancia de esta región norte del país.

Palabras clave: cultura popular, tradición, festivales, baile, región.

Abstract

Sounds, colors, flavors and scent create a historical heritage of Alcaldía Mayor Sierra de Pinos. Folktales and other sources show the vast history of Pinos, Zacatecas, the location at the core of a rich popular art and culture in this northern area of the country.

Keywords: *Popular culture, tradition, festivals, dance, region.*

Históricamente hablando la región del actual municipio de Pinos, Zacatecas, se considera el núcleo de una región denominada el *Gran Tunal o Tunal Grande*, por encontrarse en un espacio geográfico que en diversas épocas, relata la tradición oral, era como una frontera de equilibrio para las culturas de Mesoamérica.

Si bien la Alcaldía Mayor de Sierra de Pinos abarcaba geográficamente los actuales municipios de Zacatecas, Villa García, Loreto,

Noria de Ángeles, Villa González y Villa Hidalgo, la misma daba cuenta de su extensión hasta lo que es parte del altiplano Potosino comprendiendo los municipios de Charcas, Venado y Ahualulco.

Los tiempos primigenios de este filón de la patria han hechizado a todos los viajeros; los huachichiles hicieron de él su casa, capitanes españoles y su curiosidad por las tierras del norte sucumbieron ante la atmósfera de los pinos y el tesoro metálico de sus entrañas. Para 1591 con el fin de que colaboraran con su ejemplo al desarrollo de los asentamientos que había fundado el capitán Caldera, se trajo a 400 familias tlaxcaltecas para colonizar la Gran Chichimeca.

Punto de encuentro y mezcla de razas, en la Gran Chichimeca los tlaxcaltecas se hacen presentes en el antiguo descubrimiento del Real de Minas de Sierra de Pinos. Como evidencia de la segmentación entre el pueblo español y el indígena aún persiste el arroyo de San Blas que delimita perfectamente esos espacios de una tradición perenne. Las evidencias de la huella indígena en el Real de Pinos son un vestigio insoslayable de cómo los tlaxcaltecas y huachichiles fundieron sus pensamientos a la par del de los españoles, caminantes y moradores de estas tierras.

Don Ricardo Acosta Gómez en su libro *Los Templos de Sierra de Pinos, Zac y sus ministros*, en lo concerniente al Templo de la Purísima Concepción de Tlaxcalilla, destaca: “Es de notarse que la torre antigua es de una cantera blanquizca, algo deleznable y quebradiza por la acción de los elementos”¹.

1. Acosta Gómez, Ricardo. *Los Templos de Sierra de Pinos, Zac y sus ministros*. Academia de Historia Potosina, San Luis Potosí, 1984.

El por qué de retomar este dato como preámbulo a la experiencia de constatar el valor popular de las manifestaciones de este espacio del centro norte de nuestro país es porque el maestro Ricardo Acosta Gómez en sus cotidianas travesías por el pueblo y publicaciones de historia local no señala dato alguno de lo descubierto recientemente en el año 2010, como lo es la técnica del *tequitqui* que está presente en la parte alta de la torre antigua del templo de la Purísima Concepción, como coronando toda una identidad.

“El *tequitqui* es un término propuesto por José Moreno Villa en su texto *Lo mexicano en las artes plásticas* (1949) y se refiere a las manifestaciones artísticas realizadas por indígenas del área mesoamericana luego de la Conquista de México”.

Señala que: “Es el producto mestizo que aparece en América al interpretar los indígenas las imágenes de una religión importada (...) está sujeto a la superstición indígena”².

Tomando como referencia lo anterior para el caso que nos ocupa, tenemos tres obras concretas de *tequitqui*, en razón de los elementos decorativos de cada uno de nuestros tres centros religiosos que se custodian en la traza del centro histórico, reconocido por su valor patrimonial y que encierra un sendero más para descubrir los simples detalles que a la vista escapan, pero que nuestros predecesores dejaron insertados en los muros y en las torres como elemento ornamental de su visión y la aventura en los momentos que tuvieron que franquear para la fusión y mezcla de iconos de dos mundos.

En el proceso de conservación del patrimonio del centro histórico de Pinos, Zacatecas, entre conversaciones de avances y retos con los arquitectos, historiadores y restauradores, guardé en la memoria un comentario del Arquitecto Carlos Augusto Torres Pérez con respecto de la antigua torre del templo de Tlaxcala: “En la torre primera existen unos danzantes en su linternilla”. Por lo tanto las figuras de la primitiva torre del templo de Tlaxcalita, son una composición única que da testimonio de la técnica del *Tequitqui* usada por los indígenas.

En los tiempos de las incursiones españolas y con los consabidos trazos de los pueblos mineros, este lugar no estuvo fuera de los

2. Moreno Villa, José. *Lo mexicano en las artes plásticas*. Editorial S.L. Fondo de Cultura Económica de España, 2009, 174 págs.

proyectos de evangelización, pero más de trabajos arduos a los que estarían sometidos los naturales de estas tierras que tomando iniciativa propia o inducida dejaron huellas con materiales y técnicas fusionadas en los elementos del decorado exterior del templo parroquial y el convento de San Francisco que hoy en día son el medio para compartir el pasado en el presente.

Abordemos entonces las iniciales descripciones que corresponden al templo de Tlaxcala de su primera torre como lo es el conjunto de la linternilla donde se integraron cuatro danzantes y sólo uno, el que mira hacia el suroeste, es el que se encuentra en mejores condiciones.

Los danzantes están coronando la torre, especialmente en las columnas que le dan forma final; misma que tiene una hechura de piedra de caliche propia de la región; en calicanto y con la técnica de argamasa se delinea la figura del danzante donde se aprecian las facciones de la cabeza, coronada con un penacho de mediana altura con sus plumas y dispuestos en actitud de armonía.

La posición de las manos denota tener una sonaja y arco con flecha, en una y en la otra, y de la cintura hacia abajo una simulada nahuilla que remata en unos pies descalzos que salvo posteriores investigaciones al detalle, nos pueden dar visos de más ornamentos de estas representaciones.

Esta línea histórica que envuelve el vasto patrimonio es el preámbulo para sustentar desde un icono de lo más arraigado en nuestra tierra las danzas, que son manifestaciones de encuentro y entes socializadoras de los pinenses, las danzas de matlachines, indios, pluma y broncos, están presentes como elementos de identidad de una región natural que fundida con todas las expresiones populares, florecen en la comunidad y son guardadas celosamente por sus principales protagonistas, los hombres y mujeres del campo en torno a su vida cotidiana.



Fig. 1. Danzante en técnica tequitqui. Templo de Tlaxcala, Pinos, Zac. México. 18 de agosto de 2014. Autor: Gabriel Edmundo Torres Muñoz.

En tanto, viajemos haciendo uso de la lectura con estas líneas precisas que narran una de las expresiones tradicionales del municipio, la danza de pluma:

Muy de mañana con olor de tierra mojada
van llegando los devotos del caserío,
entre sus manos llevan flores de papel de China,
ofrendas multicolores que se prenden en la manta blanca,
asidos de los travesaños donde el señor fue martirizado
y con la danza de pluma, recordado un tres de mayo.

Color y solemnidad se exhalan en esta festividad,
madero rodeado en mantos blancos colmado de ofrendas.
que con vertiginosos pasos de ágiles danzantes
celebran la fiesta de la Santa Cruz en el Bernalejo.

Y los viejillos de la danza
que se aparecen en cantidades
roban las sonrisas de la gente
el susto de los niños que pegan carrera.
O la mueca de don José, capitán de la danza,
que abre tremendos ojos para identificarlos.
Y sólo atina a decir... ¡ellos solos se invitan!

Una promesa que se convierte en diversión
al amparo de la Santa Cruz y un buen son,
bailotean con la banda que armoniza la feria
entre son de danza de pluma y los sonidos de fiesta
exactitud, con la entrada de la peregrinación
que ha llegado desde la comunidad vecina.

Las palmas atrapadas con fuerza en la mano
giran, vuelan y bailan con plumas multicolores
arrebataando al viento plegarias y cantos de los fieles
que en paso apresurado llegan a la celebración
de la Santa Cruz y su danza de pluma en el Bernalejo.
Las coronas y el mechón de papelillos de China
con el aire fresco de la mañana o tarde y noche.
Se revuelven cual grupo de serpentinatas,
vistiendo de color la fiesta, movilizan los ojillos traviesos.

Danzantes que se desplazan entre remolinos de polvo
que brotan de los caminares de fieles
usando pantaloncillo con mota y medias de la abuela,
dejan con sus huaraches veloces huellas.

Los petos de lunas redondas destellan su luminosidad,
lanzan sus luces sobre la cruz que descansa
sobre el atrio de la capilla, que ya se encuentra llena.

El sonido de la tambora y violín
surcan el pequeño cañón de Bernalejo
y a lo lejos se divisa la sierra de morenos.
Anuncian fiesta, religiosidad y tradición comunitaria.

La capa en la espalda de bordados femeninos
en analogía precisa llevan a la Santa Cruz, en punto de cruz
hilos bordando mandas y agradecimientos por la salud.

Y en las casas; hierve el cazo de caldo y mole,
las tortillas hechas a mano, caen sobre el comal
señal de comilona de la primera comunión,
de los infantes que apenas se acercan.
Celebración de pueblo que se muda en fiesta de mi gente.
Solemnidad de comunidad que es patrimonio material
mezcla de historias de recuerdos idos y pláticas que educan
de rostros por los que los años han pasado
y aciertan en dar fidelidad a la historia de la danza.

En tanto la geografía zacatecana inmersa en sus contrastes
alcanza una dimensión particular y emotiva con las expresiones ar-
tísticas en el contexto de las memorias vivas de lo popular por medio
de las tradiciones, en este territorio del gran tunal se manifiesta con la
danza de matlachines en varias de las trescientas ocho comunidades
del municipio; su vestuario se integra de:

Nabuilla. Confeccionada en terciopelo de color negro, rojo
o verde, adornada con carrizos de aproximadamente veinte centí-
metros de largo rematados al final con una mota hecha de estambre
en colores vistosos; acabados con diversos adornos en lentejuela y
chaquira.



Fig. 2. Danza de Pluma.
Bernalejo, Pinos,
Zacatecas. 3 de mayo
de 2013. Autor: Gabriel
Edmundo Torres Muñoz.

Chaleco. Hecho en la misma tela y color de la nahuilla, complementando su adorno con espejos, lentejuela, chaquira y en la parte de la espalda luce bordada la imagen del santo patrono.

Camisa y pantaloncillo. Elaborado con tela tipo raso en un color llamativo y que contraste con el color de la nahuilla y el chaleco.

Monterilla o penacho. Lleva plumas de colores en forma de corona, adornado con lentejuela, chaquira, espejos y cuentas de papelillo.

Complementan el atuendo unas medias rojas, huaraches de tres agujeros con suela de llanta o vaqueta y de tres a seis hojas de lámina (esto con el propósito de que al ejecutar las pisadas suene más fuerte), faja a la cintura, sonaja, arco y flecha.

Los instrumentos que se disponen para ejecutar los sones son la tambora, que en tiempos primigenios se hacía de un cajón de palma hueco y una piel de animal, posteriormente se le añade el violín.

Algunos de los nombres de los sones son: *La mula, El viejo de la danza, El perico, El capón, El indio, La flecha, La golondrina, El palo, El gallo viejo, El son del pavo, El muñeco, El patito, La Esther, La potranca, Los huaraches, El Mangueras, El cardenal, Diferente,*



Tierra blanca, Ya se van todos los indios, El son inglés, Perras pintas, Escalerillas, La víbora, El madrugador, El tamborero, La cruz, La rueda, El pavo, El presumido, Tanto caminar, El flechazo, El salta perico, El gallo, Carne de burro, Lomas pintas, La vaquita, La colonita, El verde, El lirio, La capiroteada, El huarachazo, El gallo loco, La despedida, El moño colorado, La calaca, La noria, La crestuna y Granito de oro, entre muchos otros.

Lo anterior se registra en singular armonía con la picaresca representación del viejo de la danza que acompaña la fuerza y vigor de los matlachines; recias figuras de danzantes que al compás de la tambora y el violín se desplazan por el atrio del templo, llevando y trayendo sonos que evocan el sincretismo de dos culturas que se han adaptado al medio ambiente local en una tierra agreste e inhóspita.

Nuestra tierra encierra también como manifestación de lo indígena, de lo inicial; su teatro popular que emplea como maquillaje y vestuario, danzas-teatro como *La bajada del indio*; expresión pública que realizan algunos grupos de danzantes; todo inicia cuando se van los viejos de la danza para bajarlo desde lo más alto del cerro por medio de latigazos. Este personaje es un integrante de la danza que, semidesnudo y con un taparrabo, trae todo el cuerpo pintado

Fig. 3. Danzantes Matlachines. Pinos, Zacatecas. Julio de 2014. Autor: Gabriel Edmundo Torres Muñoz.

con tizne, carga un morral lleno de gordas de maíz y un cuchillo al cual le da filo para cortar leña y así calentar su comida.

Mientras, los matlachines, en dos líneas, van en formación de cortejo a encontrarlos a la orilla del pueblo, cuando ambos se agrupan lo llevan bailando por varias calles de la comunidad hasta la plaza junto a la imagen religiosa motivo de la fiesta donde, después de varios sones en los que lucha con todos los danzantes, simulan que lo matan; acto seguido van y se lo ofrecen al santo patrono del pueblo con la finalidad de venerarle; inmediatamente le devuelve la vida; cuando esto acontece, el pueblo ofrece un milagro, veladora y flores en gratitud.

Lo mismo sucede con *La matanza del viejo*, es un rito que consiste en ejecutar el son del mismo nombre (música en vivo con violín y tambora) iniciando en líneas paralelas que después de un cierto tiempo se forman en círculo para situar al viejo de la danza en el centro, espacio que da apertura a una lucha contra el monarca y los danzantes. Llegando al final del recorrido del círculo lo mata el monarca lo lleva al centro y todos los danzantes pasan y lo cubren con sus palmas si es danza de pluma o con monterillas si es danza de matlachines; bailan alrededor y luego de un tiempo retiran, lo agarran de pies y manos para echarlo fuera del escenario y finalmente se ejecuta el son de salida.

Nuestra cultura popular es fusión de identidad y arraigo, la amalgama de los sonidos, los colores, los sabores y los olores se entretajan en un acontecer dancístico original que evoca la vida cotidiana de hombres y mujeres en una época definida por los tiempos, enlazada generacionalmente por la vigencia de las creencias, mitos y las costumbres de los pueblos.

La investigación permanente desde la tradición oral, documental y vivencial recupera los caminos de fe tradicionales en los pueblos de la provincia zacatecana, como *las entradas de cera que desprenden el olor de las velas y flores* que armonizada con el conteo del Rosario entre las manos acercan a los fieles con lo espiritual y la paz que reconforta estar ante el santo patrono.

La entrada de cera es el espacio impregnado de delicadeza en donde, cantando alabanzas, hay que llevar una ofrenda en velas o veladoras lucidamente acomodadas en una batea, estructura de madera revestida de papel de vivos colores y en el centro la imagen religiosa. Al dar paso a los incendios, actos religiosos muy atrayentes y coloridos que son encabezados por dos personas que llevan las bateas principales, acompañan esta fiesta con música y comida

donde se queman ristras de cohetes y espoletas. La entrada de cera es una expresión religiosa que debe ser rescatada y revalorada para impregnar los días de este nuevo milenio, en las presentes y futuras generaciones, de ese pasado que los sentimientos de los abuelos nunca olvidan.

Recrear la vida cotidiana de una generación es escudriñar entre las veredas las historias celosamente guardadas, que esto permita valorar y advertir el tiempo pasado, para disfrutarlas en el hoy en un escenario distinto de su génesis y su razón de ser y cómo lo incorpora el ambiente comunitario y festivo de las áreas apacibles del municipio de Pinos.

La fusión de la entrada de cera con aroma de flores, sonidos de tambora y violín acompañando al santo patrono entre danzantes de matlachines, nos llevan en este recorrido por donde el *camino de tierra adentro* dejó su huella, y cómo la gran variedad de haciendas mezcaleras, ganaderas y agrícolas, contribuyeron al surgimiento de la hacienda de San Nicolás; lugar inédito donde floreció la conseja popular al amparo de las clases sociales que contribuyeron al fervor de las ceremonias y jolgorios; los bailes tradicionales que marcaron una estación del tiempo antes de la Revolución Mexicana y después de ésta.

Rumbo a la hacienda de San Nicolás se está donde danzan y pasean al coyote, bailan la flor del huizachal y terminan con el jaripeo, todas éstas, expresiones que perduran con la esencia de la juventud actual en el escenario de lo contemporáneo como muestra de identidad y arraigo.

En estas fincas las voces laboriosas de la tierra del sureste zacatecano, la hacienda se convierte en un punto social para el entretejo de historias de vida, entre sones de matlachines, danzas de conquista y, en un día de festejo, para agudizar la vista y ver los caminos de fe que acompañan la entrada de cera hacia el templo.

Todo es fiesta y todo es acercamiento con la manifestación del hombre del semidesierto zacatecano, presencia de culturas y mezcla de lo esencial vivido en un momento, en el justo momento de la historia de su llegada al gran tunal.

Abordemos ahora una de las conmemoraciones más longevas de este espacio geográfico que data desde el año de 1601 y se realiza en el antiguo barrio de Tlaxcala, ubicado al este de la cabecera municipal, cada 8 de diciembre; nos referimos a la fiesta de los faroles, que es identidad, patrimonio material e inmaterial que se respira junto a su gente y se organiza en torno a la vida misma de un barrio



Fig. 4. Fiesta de los Faroles de la Purísima Concepción. Pinos, Zacatecas. 8 de diciembre de 2013. Autor: Gabriel Edmundo Torres Muñoz.

que se entrega a sus tradiciones y cimienta identidades infantiles para los nuevos tiempos. Puesto que la fiesta de los faroles es, ante todo, raíz y tradición de un pueblo.

Los primeros días de diciembre la empinada calle de Tlaxcala se ilumina noche tras noche del novenario con cantidad de farolillos de diferentes tamaños y multitud de colores a los que se les pone una vela de parafina en el centro, se colocan en cordones de extremo a extremo de las calles junto con papel picado y ya comenzando el atardecer profundo el día de la fiesta, se prenden las infaltables cazuelejas entre banderitas azul con blanco en los pretiles de las casas.

La plazuela cercana al templo se llena de gente y música, se echan cohetes por gruesas y después se prende el árbol de pólvora, las danzas de matlachines y la vendimia dan el colorido que antaño tenían las ferias de pueblo. La fiesta de los faroles representa, con todo, una gran solemnidad a la Purísima Concepción.

Con una particularidad especial el barrio de Tlaxcala también escondía en sus calles y callejones una muestra más de sus arraigadas tradiciones populares: la pastorela, teatro popular nacido para y con la evangelización. Doña Candelaria Herrera Hernández viuda de Rojas (qepd) relató cómo con su esposo Cosme Rojas López, participaron de los montajes de pastorelas como un acto de

fe al Niño Manuelito, imagen milagrosa que se encuentra también en el barrio, por el lado de la calle alta que converge a la plazuela en casa de don Jesús Reyna, que doña Concha cuidaba con esmero y profundo sigilo religioso.

Al igual que en el barrio de Tlaxcala las pastorelas abundan en las comunidades, los abuelos custodian textos, libros añejos donde están plasmados los diálogos y cantos del nacimiento de Jesús que se encuentran, cabe resaltarlos, en peligro constante de desaparición por la pérdida de valores entre la población joven que ve en ello esencias de viejo, haberes y saberes de inutilidad para sus tiempos.

En la cotidianidad comunitaria del municipio de Pinos, múltiples manifestaciones de una cultura popular ancestral permanecen a pesar de los embates de la modernidad y la globalidad en una mezcla festiva, de misticismo religioso y temor a la muerte.

En la comunidad de Pedregoso se representa la mojiganga, expresión creativa del tiempo de la hacienda, en donde la caporal da el inicio de esta solemnidad donde aún puede apreciarse un gran número de personajes gigantescos que, al ritmo de la música de cuerdas o de viento, se pasean por toda la comunidad en señal de alegría y festejo al Señor de la Injurias.

Del misticismo y festejo a la muerte, hasta el día de hoy, encontramos en una de las comunidades, una evidencia más de las fiestas y tradiciones que nos acercan a la convivencia con los muertos. En Santa Elena, Pinos, Zacatecas, parece sencillo describir un acontecimiento del cual no se tiene fecha exacta de cuándo inició, sin embargo, anualmente, desde el día 31 de octubre por la mañana se originan los preparativos para ese encuentro de los vivos con los muertos; la gente comienza a buscar lo indispensable para hacer su:

"luminaria, que adquiere significados especiales como: la luz de Cristo cuando nos llama de este mundo, ayudar a las ánimas en el camino al más allá o cenizas de los muertos. Como ese festejo toma diferentes connotaciones para la gente, tiene sus particularidades muy especiales, casi todos los días finales del mes de octubre, y a pesar de las heladas intensas de la estación próxima, motivo que no es obstáculo, aproximadamente entre las nueve y las diez de la noche, emprenden la caminata al cerro.

Cuando la recolección del sotol o leña es en cantidades necesarias, se procede a diseñar, entre la oscuridad, figuras como: una cruz, símbolo de la religión que se profesa; co-

razones, órgano del cuerpo humano que da vida y en él se extingue; hileras, que al multiplicarse señalan el camino a la vida o la eternidad, y coronas, señal de ofrenda en el día que festejamos a nuestros muertos; ya entrada la noche se encienden para contemplarse desde la lejanía. Mientras que esto sucede en el cerro, en las calles de la comunidad las familias salen fuera de su casa y también hacen su luminaria en frente de la puerta principal, en la cual brincan los niños, al estilo de rituales ancestrales y no importando la altura que alcancen las llamas, así se continúa con la convivencia en familia, una convivencia de los vivos y los muertos que se extiende hasta altas horas de la madrugada acompañada de una comilona alrededor de la luminaria que da entrada a la celebración del 1 y 2 de noviembre en la que el pueblo mexicano rinde culto a la muerte”³.

La tierra árida de Pinos, tiene vida propia porque de ella brotan frutos que con las manos mágicas se trasforman en deliciosos manjares y enseres para las labores.



Fig. 5. Planta de Lechuguilla. El Refugio de los Ortiz, Pinos, Zac. Autor: Gabriel Edmundo Torres Muñoz.

La vida cotidiana de los pinenses está ligada desde tiempos remotos a los elementos naturales como el barro, la palma, la lechuguilla y el agave, que son abundantes en sus dominios y de

3. AAVV. *Raíces y Tradiciones de un Pueblo Zacatecano*. Fondo de Desarrollo Cultural Municipal-IZC-Ayuntamiento-IMC, 2004, La mojiganga.

gran valor simbólico. La tierra, un tanto pródiga, nos ha dotado de plantas de donde se extraen fibras naturales; los despojos de las pencas de la lechuguilla, se transforman en hebras de ixtle que con las manos se entretajan para otorgar sabiduría y resaltar su belleza en el imaginario colectivo de formas y colores.

Portadora de tradiciones ancestrales, la lechuguilla permitió confeccionar las hondas, armas mortales de los huachichiles o mecates y aparejos que los arrieros destinaban a los animales en las agotadoras jornadas por sembradíos, veredas y caminos; y hacer las costaleras que antaño custodiaban las semillas del campo.

Con respecto a la alfarería, el alfarero tradicional conserva la labor y modelado del barro que le heredaron, es decir, la práctica artesanal persiste por la transmisión de los conocimientos de generación en generación. Donde la arcilla de esta tierra con el tinte natural del almagre de las faldas del majestuoso cerro traza signos de color rojo; ese color al que los huachichiles y chichimecas daban prioridad para mimetizar sus andanzas en la tierra del tunal grande.

Con múltiples tareas, el artista popular ejecuta con maestría y dedicación ollas, macetas, cazuelas, jarros y un sin fin de lozas, que no pueden faltar en los hogares pinenses, para más tarde ver crecer las plantas, comer los frijoles de olla o compartir el sabor a jarro del atole de masa.

Pinos, Zacatecas como médula indígena del gran tunal, fusión y huellas de una cultura popular que le provee el medio y los elementos que se agregaron al contacto no escapa a la herbolaria y los sabores de la tierra.

Plasmarse el testimonio de lo valioso que es una tradición que emerge como resultado de una necesidad es vigorizar la pertenencia a una tierra que provee de plantas y sustancias naturales para curar los males. Guardar la memoria, robar los conocimientos y atreverse a incursionar en las mentes lúcidas de nuestros abuelos es la tarea por, demás encomiable, de quien gusta ser parte de este rescate de lo inmaterial, que se hace realidad cuando te sanan de las dolencias.

Abordar la evocación de la identidad por medio de las hierbas y compartir un conocimiento recurrente cada vez más actual y conjugado con la modernidad y la globalidad es transportarse a la memoria de los antiguos pueblos y moradores del gran tunal, para caminar entre lomas y cerros, localizar las hierbas naturales del campo como la sangre de grado o epazote y hacer la pócima perfecta para sanar.

Herencia de la abuela o abuelo, continuación de la madre, sucesión de la hija y, sin distinción, un legado que se queda en los ciudadanos que atesoran la sabiduría de nuestros ancestros y une a un imaginario colectivo de convivencia con la naturaleza y la salud. Salud que se obtiene con los sabores y frutos de la tierra basada en el maguey, nopales, biznagas y palmas, aunado al maíz siempre presente en nuestra dieta. Del maguey una hornada de quiote, al vapor, tatemado o asado o aguamiel, y esta última fermentada por varios días en una olla de barro y un poco de alcohol; resultado, un excelente pulque o, a fuego lento, hasta quedar miel del maguey.

Pero sin duda lo más ancestral es el vino mezcal, bebida de agave que puede tomarse del chorro, saliendo del alambique... ¡salud!



Fig. 6. Extracto de tuna cardona para hacer la melcocha. El Jacal de las Panelas, Vía Corte el Patrocinio, Pinos, Zac. 20 de octubre de 2010. Autor: Gabriel Edmundo Torres Muñoz.

De los nopales, tunas blancas y cardonas, queso de tuna, panela, o melcocha y en la fermentación de tunas molidas tras varios días en olla de barro mezclado con un poco de alcohol nos da el colonche.

Las *chichambas* son mazos de flores de la palma, tierna es deliciosa verdura y cuando madura se convierte en dátil, dulce natural que se ponen a madurar en una cama de jaral. De la biznaga su flor es *cabuche*, platillo salado y en dulce manjar biznagas hay que paladear.

En *esquite* el maíz tierno se dora en un comal con sal y para el *pinole* el maíz se tuesta en el comal, se muele con canela y azúcar, una excelente golosina. Con el horno bien caliente de un día antes

gordas de horno hay que echar, en hojas de lámina bien engrasadas, son de azúcar y de sal.

Como epicentro indígena del gran tunal con sus huellas de cultura popular nuestra tierra, Pinos, Zacatecas, es suelo mineral entre nopaleras, suelo mineral y vestigios prehispánicos, suelo mineral y monumentos coloniales con declaratoria de patrimonio de la humanidad.

Dejar un buen sabor de boca es reconocer y compartir que el centro del gran tunal, Pinos, Zacatecas, es esencia indígena con maternidad histórica que se destila en el ambiente, porque en él habita la amalgama de tres culturas, huachichil, española y tlaxcalteca que suscitaron etapas históricas que recapitulan una jerarquía de esta región del país.